

## **La audacia discreta** **A propósito de Carlos**

**Gustavo Alares López**

**N**o fue la herencia invisible de un hogar de clase media ilustrada afin por genética a la bibliofilia. Tampoco la rutinaria biblioteca técnica –con previsibles concesiones literarias– de unos padres marcados por el ejercicio de una profesión liberal. La razón fue más ordinaria, aunque no por ello menos trascendente: mi padre trabajaba como litógrafo en Octavio y Félez, una de las grandes imprentas de Zaragoza. Por eso en casa siempre existió un inocente contrabando de libros consistente en los variados ejemplares editados en la imprenta que llegaban subrepticamente a casa. Libros, láminas, folios, y el olor a tinta y disolvente que acompañaba a mi padre y que conforma también mis recuerdos de infancia.

Y recuerdo que fue a principios de los ochenta cuando durante unos días tuvimos en casa al primer gato. Una gata en realidad: «la GEA». La habían adoptado los trabajadores de la imprenta –siempre viene bien disponer de un gato para el control de unos roedores aficionados al papel–, y le habían puesto como nombre el acrónimo de la *Gran Enciclopedia Aragonesa* que por esas fechas estaban imprimiendo.

Lo cierto es que los volúmenes azules de la GEA fueron una atípica lectura de infancia: un pasatiempo desordenado, imaginado como furtivo y no exento de cierto ceremonial. Y ahí estaba Carlos Forcadell, C.F.A., entre ese conjunto de historiadores e intelectuales (hombres barbados en su mayoría) que hicieron el Aragón de la Transición. Por eso, cuando a mediados de los noventa conocí al profesor Forcadell en las aulas de la Universidad de Zaragoza, en realidad ya lo conocía.

Carlos Forcadell integró aquella galería de intelectuales aragoneses que, en las postrimerías de la dictadura, iniciaron la construcción política y cultural del Aragón democrático, ya fuera desde las páginas de *Andalán*, o desde la Universidad. Y lo hizo a través de un compromiso cívico que aunaba el conocimiento histórico con el rigor en la divulgación para una sociedad criada en la inopia del franquismo. Carlos Forcadell se convirtió en uno de los nombres reconocidos y reconocibles de la cultura aragonesa y, sobre todo, de la historiografía democrática.

Porque junto a ese compromiso cívico el profesor Forcadell es, ante todo, historiador. En su lejano *Parlamentarismo y bolchevización*, editado por Crítica en 1978, Carlos Forcadell aunó un profundo conocimiento del marxismo con una –entonces no muy común– atención a la bibliografía internacional, particularmente alemana y francesa. Pero, sobre todo, la obra ambiciona-



Con Gustavo Alares –en el centro– y Miquel À. Marín. París, 2013.

ba contribuir a la modernización de la historia del movimiento obrero que, por razones obvias, en España se mostraba retardataria. En el fondo, *Parlamentarismo* y *bolchevización* anticipaba esa ruptura historiográfica que, unos pocos años después, teorizaron José Álvarez Junco y el recordado Manuel Pérez Ledesma.

En este punto sería oportuno señalar cómo renunciando a la placidez de la rutina y la nostalgia, Carlos Forcadell llevó a cabo sin grandes fracturas ese tránsito –para muchos traumático– desde la historia social a la historia cultural, en un momento de hundimiento de las certezas –muchas de ellas ya ilusorias–, que salvaguardaba la existencia del muro. Momentos de desencanto generacional, pero también de acometida epistemológica contra la historia, de acoso hacia la disciplina, de múltiples llamamientos apocalípticos que decretaban su final o la reducían a mera literatura: a narrativa inútil. Fue tiempo de precipitados «finales de la historia», en un fin de siglo plagado de «milenarismos invertidos» como oportunamente señaló Juan José Carreras. Un desconcierto que se trasladaba a las aulas, y que se sumaba al estupor de unos historiadores que respondían atemorizados, iracundos o cautos, ante una sensación de orfandad sobrevenida.

Y en ese contexto de desmoronamiento de antiguas certezas y de cuestionamiento de la profesión, el profesor Forcadell se mostró como el historiador acostumbrado a nadar entre incertidumbres, a navegar de través, componiendo una obra variada reflejo de una curiosidad intelectual insaciable. Carlos Forcadell ha desarrollado una trayectoria rica y variada que ha discurrido por la historia del movimiento obrero, la historia de las identidades nacionales, las culturas políticas o los usos públicos del pasado, sin olvidar la reflexión historiográfi-

ca tan querida por su maestro Juan José. Ello le ha llevado a estar oportunamente presente en la práctica totalidad de los grandes debates historiográficos de la historia contemporánea reciente.

Por estas y otras cosas, he de reconocer el privilegio de haberme acogido a su magisterio flexible y abierto. Como principal albacea y continuador del magisterio de Juan José Carreras, el profesor Forcadell ha sido sostén de esa línea invisible de intercambios y magisterios, de experiencias compartidas y recordadas, de encuentros, debates y discrepancias en torno a la historia y la vida que conforman las comunidades historiográficas. Y en ese transitar por la profesión, Carlos Forcadell se ha situado como referente destacado dentro de esas genealogías cada vez más deshilachadas por la degradación de la Universidad. En un momento de obsesión econométrica en torno a la productividad académica y la inevitable consagración del maestro burócrata, conviene recordar las virtudes de los magisterios tradicionales en su dimensión reflexiva, evocadora y estimulante.

Pero junto a esa vocación por la historia, el profesor Forcadell también ha destacado por su capacidad de gestión. En el seno de la Asociación de Historia Contemporánea, en el departamento de Historia Moderna y Contemporánea, pero también al frente de la Institución Fernando el Católico, una de las instituciones culturales de referencia en la región. En su actualización se embarcó hace años, impulsando una decidida apuesta por los contenidos digitales. Un esfuerzo de digitalización entendido como valorización del patrimonio cultural y documental, pero, sobre todo, como extensión del carácter de servicio público de la entidad.

Todo lo anterior compone sintéticamente un testimonio incompleto de una trayectoria académica e intelectual de largo recorrido. Pero me gustaría concluir con Carlos. Porque al margen de las cortesías propias de la academia y los ritos emanados de una indiscutible *auctoritas*, Carlos retiene la virtud de la llaneza en el trato: incisivo e irónico, ingenuo en ocasiones, ocurre casi siempre. Y al mismo tiempo, deja descender un velo de reservada prudencia. Quizá como hábito de supervivencia. Tal vez como tímida reserva. Puede que como actitud natural de una vocación observadora. O quizás no. Porque en la audacia discreta de Carlos hay también algo gracianesco: aquello de «llevar sus cosas con suspensión».